EL PODER DE LA PALABRA

Raquel Lázaro

rlazaro@unav.es

*A Carmen Saralegui,
en señal de gratitud y amistad*

*«Nadie dice nada a otro,
si primero no lo ha dicho en su corazón»*

1. PALABRA Y PERSUASIÓN

Si no hubiera estudiado filosofía sería filóloga. Junto al interés que suscitaba en mí conocer los primeros principios de las cosas y las últimas causas de la realidad, me sentía atraída fuertemente por el significado etimológico de las palabras, por su fonética, por la gramática que permitía hablar con sentido y comunicarnos con otros entendiéndonos mutuamente, aprendiendo con ellos. Admiraba el modo de articular el lenguaje de los poetas y la riqueza de contenido que podía expresar un verso, una estrofa, el poema completo. Leía a los clásicos con avidez y todo ello me permitía conocer mejor al hombre vivo, concreto, al real. Leyendo viajaba no sólo por la geografía física, por el mundo, sino también y muy principalmente por el alma humana.

En cualquier caso me ganó el amor por las letras, el amor por aquello que acumula sabiduría y permite adentrarse en la grandeza del espíritu humano. Pero, la grandeza también permite descubrir con frecuencia su contrario. Las letras exponen junto al ideal de lo humano, el abismo de miseria del que también es capaz el hombre, la otra dimensión del alma humana, en expresión de Salinas:

Las palabras poseen doble potencia: una letal y otra vivificante. Un secreto poder de muerte, parejo con otro poder de vida; que contienen, inseparables, dos realidades contrarias: la verdad y la mentira, y por eso ofrecen a los hombres lo mismo la ocasión de engañar que de aclarar, igual la capacidad de confundir y extraviar que la de iluminar y encaminar. En la materia amorfa de los

vocablos se libra, como en todo el vasto campo de la naturaleza humana, la lucha entre los dos principios, de Ormuz y Arimán, el del bien y el mal¹.

Hace tiempo lo dejó expuesto también Platón: una parte del poder de la palabra consiste en persuadir, pero caben dos modos de persuasión: una que origina creencia sin saber y otra que origina la ciencia. En el caso de la primera el arte de la retórica, el arte de hablar persuadiendo, es adulación y vergonzosa oratoria popular, el secreto poder de dar muerte que tienen las palabras, según acabamos de decir con Salinas; en el caso de la segunda clase de persuasión se procura formar a las almas en orden a aquello que les haga mejores, a saber, conocer la verdad y practicar la justicia², entonces las palabras detentan el poder de dar vida al alma. El persuadir busca mover a la acción, a la práctica; el persuadir bueno mueve a la justicia.

Cabe, por tanto, un uso virtuoso y uno vicioso de las palabras. A través de ellas se nos muestra la lucha de aquellos polos opuestos encarnada, no ya sólo en el arte retórico, sino en la narrativa misma. Tal vez por ello la literatura muestra junto al héroe al villano; junto al pecador y al santo al traidor; junto al generoso al egoísta; junto al amante al pervertido; junto al loco al cuerdo. Y es que las palabras son más que meros signos, ellas son portadoras de pensamientos, voliciones, verdades, saber, ciencia, sabiduría, afecto, sentimientos, plegarias, ruegos, peticiones, deseos, anhelos, suspiros, engaños, tretas, difamaciones, calumnias, falacias, astucias, maledicencias, arrepentimientos, remordimientos, angustias, esperanzas... Cuánto puede estar encerrado tras esos signos lingüísticos y qué adecuado o desacertado puede ser su empleo, de ahí la necesidad de aprender bien la propia lengua: su historia, su literatura, su variedad de usos y el modo de mejorarla.

Hagamos defensa del lenguaje y de las palabras junto a Platón –desde el amor a la verdad y al bien- y junto a Salinas –desde la atención reflexiva sobre la lengua³-, y frente a Nietzsche, quien pedía ser liberado de la seducción de las palabras⁴, pues por medio de ellas el filósofo cree que su conocer es un conocer hasta el final, y más bien lo que propone Nietzsche es que *hay que sospechar* de que exista algo así, pues hay *nada para conocer*; porque, más que razón y verdad, hay *voluntad de poder e instinto*. Tener reglas para usar el

¹ Pedro Salinas (1991, 15).

² Platón (1987, 36 y 111).

³ Pedro Salinas (1991, 14).

⁴ Friedrich Nietzsche (2008, 39).

lenguaje es caer en la vulgaridad de pensar que hay algo común capaz de ser conocido por todos y comunicado entre unos y otros. Las palabras y sus reglas de uso no son más que *máscaras* para parecer ante otros como seres conocedores de algo, cuando más bien *hay nada*.

Frente a Platón que confía en las palabras para persuadir sobre lo verdadero y lo bueno, tenemos a Nietzsche que sospecha de ellas, pues no hay verdad, ni bondad, tan sólo apariencia y sinsentido, pues en el aparecer mismo no se esconde nada detrás, de ahí que no quepa tan siquiera la representación de algo distinto de lo que se muestra. Las palabras nos engañan con astucia, nos cautivan, por eso toda labor filosófica ha de sospechar de ellas y de lo que ellas muestran en términos de verdad y ser, hay que *abogar por la no-verdad y por el dominio*. Nietzsche reproduce al viejo Calicles y como él defiende que sea la razón la esclava de las pasiones y no al revés, pues si hubiera verdad tendría sentido dominarse a sí mismo para alcanzarla desde el espíritu, pero como ya afirmara el antiguo sofista:

Pues, ¿cómo podría ser feliz un hombre si es esclavo de algo? Al contrario lo bello y lo justo por naturaleza es lo que te voy a decir con sinceridad, a saber: el que quiera vivir rectamente debe dejar que sus deseos se hagan tan grandes como sea posible, y no reprimirlos, sino, que, siendo los mayores que sea posible, debe ser capaz de satisfacerlos con decisión e inteligencia y saciarlos con lo que en cada ocasión sea objeto de deseo. [...] la molición, la intemperancia y el libertinaje, cuando se les alimenta, constituyen la virtud y la felicidad⁵.

Que actual resulta la propuesta sofista en nuestros días, la cual sigue haciendo uso – como no podría ser de otro modo- de la palabra para persuadir. El espíritu humano se alimenta de verdad y se robustece realizando el bien –la justicia-, de ahí que la vida que propone Calicles, al igual que la nietzscheana más tarde, sentencien la muerte del espíritu, pues, sin verdad y sin virtud lo único que queda es instinto y su satisfacción sensible. Buena parte de Europa sigue mostrando hoy síntomas de la enfermedad que Marcel diagnosticó el pasado siglo para el hombre: desolación, desesperación, agonía. Tras la muerte de Dios decretada por el nihilismo de Nietzsche, el hombre agoniza, porque su supuesta absolutización –versión contemporánea de la vieja premisa sofista: el hombre es la medida de las cosas- al hacerse en clave de poder, desde el instinto y sin referencia trascendente conduce al hombre al mayor envilecimiento⁶. Está tan acostumbrado el hombre europeo a esa ausencia

⁵ Platón (1987, 92-93).

⁶ Julia Urabayen (2001, 84-85).

de espiritualidad, de verdadera palabra interior que alimente su alma, que quizá sólo una argumento al estilo pascaliano, el apostar, le pueda interpelar suficientemente.

2. PALABRA Y PENSAMIENTO

Entonces, apostemos: ¿qué ocurre si queremos hacer defensa de la palabra al margen del proyecto sofista? Siempre me ha dado envidia ese modo exacto de expresarse de los filólogos, esa utilización adecuada y medida de cada término. Un “hola” no es lo mismo que un “buenos días” y, por tanto, no es un buen sustituto. Un “adelante, pase” invita más que un mero “entre” y es diferente de “hace tiempo te esperaba, acomódate”. Todavía cuando pienso en la fuerza de las palabras resuenan en mí las correcciones de mi padre: “usa bien la lengua”, “exprésate bien”, “no maltrates el lenguaje”. Y es que como dice la canción las palabras se pueden expresar desde el corazón o huecamente, pueden suscitar un encuentro amistoso o inaugurar una enemistad perenne. Porque tantas veces las palabras significan mucho más.

Las palabras que el hombre pronuncia resuenan y pasan. Están sujetas al tiempo⁷; sin embargo, aquello a lo que remiten, no necesariamente. Tantas veces las palabras rememoran un recuerdo, sellan una promesa, manifiestan una declaración, dan una lección, imploran a Dios... y eso permanece en el alma. Otras tantas veces, apuntan a lo definitivo, a la verdad y al ser de las cosas. Las palabras se dicen de muchas maneras:

Se llama palabra al sonido articulado silábicamente en el espacio y en el tiempo, ora esté en nuestros labios, ora quede rescatada en nuestro pensar. En otro sentido es palabra todo lo conocido e impreso en el alma mientras lo retenga la memoria y pueda ser definido; aunque en realidad nos desagrade. Por fin, se llama palabra el concepto de la mente cuando place⁸.

No hay palabra exterior sin palabra interior. Pero, no siempre la palabra mental es exteriorizada. A veces se guarda interiormente. La palabra invita al silencio, no se puede comprender bien si el ruido es excesivo. Pero la palabra comprendida habla de un tipo de vida más perfecta, pues quien comprende su decir y es capaz de comunicarlo es un viviente racional.

⁷ San Agustín (2006, 399-400).

⁸ San Agustín (2006, 478-479).

De las palabras se ocupa científicamente el filólogo. Al buscar el significado de *filólogo* en griego, una de las acepciones que se encuentran refiere: “ser amigo de hablar, de disertar”, pero así dicho resulta demasiado vago el contenido del término, pues amigo de hablar es tanto el charlatán que habla de cualquier cosa insustancial y sin propósito, como quien desea comunicar algo valioso, como el político que utiliza una retórica hueca para lograr ganarse el favor de los votantes, etc. Cuando se buscan por separado los términos que componen *filólogo* y se atiende a la etimología se precisa mucho más el sentido del término, viene a significar, entonces, de una parte, amar con afecto de amistad, con amor puro, un amor que no busca utilidad alguna, un amor gratuito; de otra parte, palabra y razón. Desde el matiz de un análisis más pormenorizado cabe dar una definición más ajustada del término que venimos rastreando: *filólogo* es el que ama la palabra, y cabe incluso acotar más lo esencial atendiendo a la riqueza del término *logos*: el amante de la palabra es también el amante de aquello que es vehículo del pensamiento, lo más elevado que hay en el ser humano y expresión cabal de su identidad más genuina. Gracias a la palabra el pensamiento toma conciencia de sí⁹, he ahí la grandeza instrumental del lenguaje: servidor de la inteligencia, revelador de ella, expresión sensible de lo invisible, signo del pensamiento¹⁰.

La palabra es ese conjunto de sonidos con el que expresamos un concepto, una idea, una afirmación, un afecto, un recuerdo. Si es tal el poder de la palabra, a saber, el de expresar el pensamiento y comunicarlo, se entiende que el amor a la palabra engendre un respeto profundo a quien expresa las palabras y hacia aquellos a quienes las palabras se dirigen. Pues la palabra tiene su fundamento último en el concepto que externaliza, cuyo lugar es el interior, el espíritu. Es tal la necesidad mutua y profunda que se profesan la palabra y el pensar que se entiende lo molesto que resulta un hablar vacío, trivial, en el que quien utiliza las palabras lo hace *sin ton, ni son*, sin la atención que precisa el espíritu humano y el sentido profundo que revelan tantas veces los sonidos que se pronuncian.

Es tan noble la palabra, por ser medio para la expresión del pensamiento y del corazón, y es tan grande poder pensar y servirse de las palabras para comunicar los pensamientos, que se entiende la preocupación de Pedro Salinas cuando afirma en 1948: «Persona que habla a medias, piensa a medias, a medias existe»¹¹. Porque ¿cómo existir humanamente al margen del pensar y cómo pensar sin comunicar lo que se piensa?, ¿cómo hacerlo sin la palabra

⁹ Pedro Salinas (1991, 21).

¹⁰ San Agustín (2006, 728).

¹¹ Pedro Salinas (1991, 70).

adecuada?, ¿cómo aprender a pensar sin la mediación de la palabra afectuosamente comunicada y atentamente recibida? La palabra dice relación al pensamiento y, a la vez, a la sociedad, a los otros. Salinas era consciente de que la degeneración del lenguaje arrastra consigo al alma humana, lo que se pierde es el espíritu del hombre. Y, ¿cuál es la razón por la que puede degenerar el lenguaje? Salinas continúa ilustrándonos:

por la presión de un conjunto de fuerzas inconscientes, muchas de ellas de carácter económico, lucrativo, alzadas sin saberlo, que es lo peor, en una pugna titánica contra el espíritu del hombre. En este zozobrar del lenguaje, lo que se iría a pique con él sería el alma humana, libre, espontánea, dejando sólo a flote un coro de reacciones mecánicas regimentadas, de muñecos vacíos, ya felices, porque como no tienen nada que decir, no hay por qué molestarse con las complicaciones del decir¹².

Si faltan las palabras, falta el existir verdaderamente humano. Pero, ¿cómo puede llegar el hombre al estado de no tener nada que decir? Sólo el vaciamiento interior permite ese *nihilismo*. Pues la exterioridad refleja para bien o para mal el *dentro* del hombre, su espíritu. Cuando se pierde el conversar, cuando el silencio no es contemplativo, sino obligado y forzado a causa del poco saber o del desinterés, cuando la palabra es rebajada a un uso utilitarista y pragmático que se hace vehículo de las claves de la sociedad capitalista de masas -el éxito a cualquier costa, intereses sólo particulares, experiencias no narradas, ni contadas, sino vividas en primera persona al modo consumista-, cuando el dominio de la técnica y lo visual se desconecta de toda finalidad trascendente, etc., entonces, quien se ha perdido es el hombre y olvidadizo de quien es, emite sonidos como de animal, y empobrecido en su memoria y en su recuerdo, deja de existir para sí, pierde conciencia de su identidad y se hace masa, consintiendo a que otros lo vivan, decidan por él, lo manipulen desde palabras que ya no son expresión de lo más alto del hombre, sino armas de dominio en manos de quienes no creen en el hombre, ni en su libertad, sino que reducen al hombre a sus necesidades más básicas y simples, bienes útiles desconectados de los nobles y honestos, aquellos deseos que Calicles mencionaba. El lenguaje degenera cuando el alma decae, y ésta sucumbe ante las pasiones si se absolutizan los objetos de éstas y pasan a convertirse en fines. Es una amenaza muy antigua la de la *diosa fortuna*, es conocido el extravío al que conduce un deseo desmedido de poder, placer y dinero.

¹² Pedro Salinas (1991, 69).

Sin embargo, quien no consiente al espíritu siempre viejo de los nuevos sofistas, - disfrazados ahora de modernos liberales, que no conocen límite alguno para sus desvaídos deseos y que no admiten más *dios* que el de su pequeña finitud inmanente-, aman las palabras y profesan veneración a sus mayores, quienes se las transmitieron, y reconocen la deuda que han adquirido con quienes legaron tan gran tesoro, y dedican fuerzas y energías a conocer mejor la lengua que hablan, y su gramática, y dedican tiempo para leer a aquellos que literariamente mejor expresaron lo más noble del corazón humano, y velan para que *la cultura del ruido, de la prisa y de lo inmediato* no rebaje el legado recibido, y sueñan con poder transmitir una herencia espiritual y cultural más enriquecida que la que ellos recibieron, pues en esto consiste el vivir, a saber, en hacer fructificar lo recibido, y lo recibido es el *logos*: la razón y la palabra. Éstos trabajan por una *cultura de la palabra*¹³. El que ama la palabra es un buscador de lo definitivo, pues la palabra no es máscara que confunde, sino que apunta a una realidad permanente más allá de sí misma, *apunta al ser mismo*, he ahí su grandeza.

Qué gozo inmenso experimenta el espíritu humano cuando comprende lo que se le dice, si eso que se le dice es lo elevado a lo que el hombre aspira: el amor, el bien, la verdad, el ser. ¡Qué sentido tiene sino la poesía, o la sentencia moral, o una afirmación metafísica, o una plegaria! ¿No encuentran su justificación última en expresar lo más grande del alma humana?, y ¿no es acaso lo más grande aquello que nos rescata de lo más rutinario y nos eleva hasta los valores más altos del pensamiento y del corazón? Quien aspira a lo mejor, no puede dejar de gozarse en la bella comunicación de lo mejor, ni puede dejar de lado las palabras que lo expresan y que despiertan ya al conocimiento de aquello a lo que se aspira. ¿No son acaso las palabras las que nos acercan a la realidad?, y ¿no tiene la realidad distintos niveles de profundidad? Qué amable resulta lo más noble cuando está bien dicho, qué bella se manifiesta la verdad cuando es expresada adecuadamente, qué bueno es el amor cuando se alumbra no en lo más superficial y sensible, sino atendiendo a las razones del corazón que lo profesa, que cerca está la divinidad cuando se atiende a su Palabra. ¿Qué sería del hombre sin la palabra?, y ¿qué sería de la sociedad si se conformarse con un uso arbitrario o sofístico de ella? Qué inagotable escuela resultan los clásicos para saber cómo alumbrar una idea¹⁴ y para sondear el espíritu del hombre.

Pero, ¿estamos dispuestos a emprender la ardua tarea de la defensa del lenguaje en atención al otro gran poder de la palabra, a saber, traslucir el pensar y el ser? La palabra

¹³ Benedicto XVI (2008).

¹⁴ Pedro Salinas (1991, 73).

exteriorizada queda engarzada en la proposición, y ésta a su vez en el discurso, y éste a su vez tiene un contexto; sin embargo, lo decisivo para la palabra es que forma parte del juicio y es ahí donde el hombre expresa la verdad que conoce. ¿Estamos dispuestos a emprender la ardua tarea de la defensa de la verdad?, ¿no reside ahí acaso el poder más excelso de la palabra? Y ¿acaso no está dentro del hombre tanto la verdad como la palabra interior que más tarde la da a luz para los otros y, probablemente, gracias a ellos?

3. PALABRA Y VERDAD

El amante de las palabras coincide muchas veces con el amante de la verdad, de ahí que filólogos y filósofos se entiendan bien. No es sólo que haya campos de estudio en común, sino más bien que el amor que unos y otros profesan coinciden en buena medida en el objeto, a saber, el *logos*. Por lo mismo, también tienen un enemigo común: el sofista, quien demagógicamente pretende construir la realidad al margen de su verdad, aquel que *so capa* de no saber con certeza lo necesario y permanente juega a inventarlo conforme a su propio interés. Se entiende entonces que la palabra y la verdad vayan de la mano, pues siendo la palabra medio, ¿qué sentido podría tener al margen de su fin que es la manifestación de la verdad en toda su amplísima e inagotable riqueza?, y ¿no es la verdad la adecuación con el ser? Quizá sea el poeta quien más bellamente expresa la verdad y en su modo más sintético. Sin duda es el filósofo el que mejor ayuda a comprenderla. Si bien es el místico quien mejor la encarna, él mismo se constituye en palabra verdadera.

Hay personas que no toleran oír hablar de la verdad. Como estamos inmersos en una sociedad relativista, donde se nos ha querido convencer de que cada uno pueda pensar y decir lo que quiera, pues hay tantas verdades como sujetos, se puede hablar de la verdad *sin apellidos* –absoluta, objetiva, natural...-, porque de lo contrario se hace intolerable, pues la verdad, entonces, vendría a impedir que uno pensase como quisiera, siempre y cuando se entienda este “como quisiera” en términos de “sin límite alguno”. Curiosamente algo de “verdad” hay en la objeción.

Si existe algo así como un árbol llamado *olivo* en frente del edificio de Comunicación de la Universidad de Navarra, efectivamente hay un límite real al pensamiento cuando éste quiere expresar: qué tipo de árbol hay en frente del edificio de la explanada de Comunicación, pues necesariamente ha de decir que *es un olivo*, y no un roble, ni un ciprés, ni un álamo, ni

una encina. Pero, no parece que sea tan malo decir que es un olivo, si justo lo que quiero expresar es exactamente qué tipo de árbol es el que está en esa explanada. Para el que busca conocer lo real, la verdad es la respuesta adecuada. Que las palabras que se emplean, cuando se quiere decir *aquello que la realidad es*, se adecuen a esa realidad, no resulta tan malo si lo que se quiere es hablar de una realidad concreta conocida, en este caso, *el árbol llamado olivo* enfrente del Edificio de Comunicación de la Universidad de Navarra.

Entonces, ¿por qué resulta tan molesta la verdad para algunos? Al comienzo mencionábamos a Calicles y a Nietzsche, pero éstos tienen abundantes discípulos entre nuestros contemporáneos, nuevos sofistas y nihilistas. Quizá no se quiere admitir que hay realidades previas a aquellas que inventa el hombre, que éste no es la medida de la realidad y que cabe conocer la realidad tal cual ella es, al menos en alguna medida, y las palabras nos ayudan a ello. Quienes dudan sobre las posibilidades reales del hombre para conocer la verdad, podrían admitir, quizá, *el olivo de la explanada de Comunicación*, porque al fin y al cabo, es evidente para todos, al menos fenoménicamente. Pero, ¿acaso la verdad es evidente para todos cuando toca otros campos que no sea el de la *verdad lógica* o el de la experiencia empírica?, ¿qué decir de la *verdad ontológica*, o de la *verdad moral*?, pero, en estos casos, ¿no siguen siendo las palabras la mediación adecuada para expresarla? No se podría mentir, por ejemplo, si no existiera la verdad, y curiosamente se da el caso paradójico de algunos que al tiempo que niegan la verdad públicamente, también públicamente mienten haciendo uso del lenguaje. Tampoco se podría decir que una cosa conviene a una realidad más que su contrario, si no hubiera *un en sí* de la realidad, y todos sabemos que hay algo así, si bien en la práctica y atendiendo a lo más empírico no siempre demos con esa verdad en el primer intento, ni en el segundo, y si bien la mayor parte de las personas no lo sepan expresar filosóficamente. La verdad no siempre es evidente, pero cabe dar con ella haciendo uso de las mediaciones, para eso están las facultades del alma.

El relativista incurre en contradicción y las palabras mismas sirven para comprenderlo. Pues quien, de una parte, niega una verdad absoluta y, de otra parte, admite tantas como sujetos, acaba admitiendo tantas verdades absolutas como sujetos. Además acaba incurriendo también en la contradicción manifiesta de elevar la opinión de un sujeto, variable y cambiante de suyo, a categoría de algo permanente y necesario, es decir, a verdad absoluta que todos han de admitir, si quiera sea por la vía del consenso. Uno de los problemas de fondo es la falta de adecuada atención a las palabras y a su significado. Quien manipula la palabra, manipula la

realidad; pero no puede manipular el concepto, a no ser que el pensar consienta en ello, en cuyo caso se cumple una de las sentencias del refranero español: quien no vive como piensa, acaba pensando como vive. Es la eterna batalla del *sofista*, siempre *desvergonzadamente ignorante y aprovechador de la ignorancia de otros*: «No necesita conocer los objetos en sí mismos, sino haber inventado cierto procedimiento de persuasión que, ante los ignorantes, le haga parece más sabio que los que realmente saben»¹⁵. Los que realmente saben son los que dan cuenta del fundamento¹⁶, es decir, del ser de lo real, no se conforman con aportar datos informativos, ni una verdad aislada, ni justifican la aserción desde el sujeto particular que la afirma, sino que muestran conocimientos dotados de evidencia mediata, los cuales pueden ser enseñados, es decir, transmitidos intersubjetivamente como verdades mediatamente evidentes¹⁷.

Sólo una sociedad olvidada de su legado humanista puede consentir a la premisa sofista, también ahora en su versión científicista, a saber, pensar que si bien hay una verdad evidente para las cosas más materiales, quizá no es tan experimental, ni demostrable que haya tal verdad para las realidades más espirituales, entre ellas, el alma con sus facultades y Dios mismo. Cuando es la lógica misma la que invita a pensar justo al revés: dado que cabe conocer en términos de verdad lo más material –por ejemplo el olivo anteriormente mencionado–, con mayor motivo se podrá conocer la verdad sobre lo más espiritual, pues si lo imperfecto nos resulta conocido, más ha de resultar conocido lo más perfecto, a saber, el espíritu con sus facultades y dimensiones, pues resulta evidente para sí mismo cuando se ejercita en el pensar mismo, tal como mostraran hace siglos tanto Agustín como Descartes. Que la verdad de lo invisible –pues ese es el carácter de las realidades espirituales– se pueda conocer no significa que hacerse con ella no sea cosa ardua, pues habitualmente requiere de la mediación, y pide dedicación y tiempo. Lo dejó escrito hace tiempo Cervantes por boca del Quijote: «Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a éstas adherentes»¹⁸. Llegar a conocer algo del espíritu en términos de verdad no es tarea fácil, pero esto no equivale a decir que resulte imposible y haya que suspender el juicio y refugiarse en el contradictorio mundo de los escépticos; o bien, caer en la absolutización de la opinión subjetiva de los relativistas.

¹⁵ Platón (1987, 42).

¹⁶ Antonio Millán-Puelles (1997, 188).

¹⁷ Antonio Millán-Puelles (1997, 187).

¹⁸ Miguel de Cervantes (1960, 257).

¡Pobres palabras!, a merced de lo que los hombres quieran hacer con ellas, a veces se quedan aprisionadas en lo más bajo, en lugar de abrir la mente humana a su horizonte más propio. Parafraseando a Nietzsche, pero al revés, quizá habría que decir más bien: «¡deberíamos liberarnos por fin de los que pervierten los significados de las palabras!». Si vamos ahora a Salinas igual hayamos una respuesta adecuada para aquellos que bañándose en el relativismo piensan en la verdad como en un insidioso límite al pensar libre y espontáneo, y entonces caen en el bajo oficio de la manipulación de las palabras, con el objeto de manipular la realidad conforme al propio interés. Nos dice Salinas:

Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.
Perdóname el dolor alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.
Ese que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, preciosísimo.
Y cogerlo
y tenerlo yo en lo alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.
Y entonces tú
en su busca vendrías, a lo alto.
Para llegar a él
subida sobre ti, como te quiero,
tocando ya tan sólo a tu pasado
con la punta rosada de tus pies,
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
de ti a ti misma.
Y que a mi amor entonces le conteste
la nueva criatura que tú eres.

No traigo aquí el texto para escudriñar el sentido último de lo que Salinas pretende, ni siquiera me detendré en un análisis pormenorizado de los términos. Me interesa destacar

cómo se adentra uno en las realidades del espíritu: con respeto, ahondando en lo invisible, aquello que no comparece a primera vista pero que está, y que está presente ante la luz de la razón, cuando ésta no busca con afán de dominar, sino desde la afirmación incondicional de lo real, desde el dejar ser a la realidad aquello que ella misma ya era, pero que sin la mediación del *logos*, de la razón y la palabra, queda como en oculto, sin desvelar y en esa misma medida sin ser conocido en su verdad. Sin amor no hay verdadero saber.

La identidad propia, además, necesita del diálogo para hacerse presente. Desde ahí se entiende que la verdad que atañe a las cosas espirituales comparece en el diálogo, en la apertura a lo otro. Sólo cuando la mirada que uno dirige a lo otro está liberada de cualquier interés subjetivo o particular, esa misma verdad se hace presente al que con honradez la busca. Sólo quien quiere conocer la verdad la acaba encontrando y cabría decir más, sólo quien la busca en lo invisible y con afecto da con ella. El ser como arcano último de todo lo real no puede ser puesto por el hombre, y hacerse con él no es tarea fácil. La verdad no es algo que sea propiedad de un solo sujeto cognoscente, más bien, se comprueba que la verdad es aquello en lo que todos los sujetos cognoscentes pueden estar, si bien, el nivel de verdad que cada uno alcanza, puede ser distinto y se ajuste al bagaje cultural y honradez moral desde el cual cada uno se acerca a lo real, pues no otra cosa es la verdad que la realidad entendida en su sentido más profundo, y no tan sólo en su aparecer fenoménico, aunque ya en este aparecer el ser mismo esté asomándose.

Vivimos, en Occidente, un mundo marcadamente individualista y visible. Existe lo que veo, habría que decir más: “estás en la red, luego existes”. Pero, ¿acaso hay visible sin invisible? Y ¿acaso lo más real, verdadero y profundo de nosotros mismos no es justo aquello que no se ve a primera vista, lo que permanece oculto en el corazón y en la inteligencia?, ¿no es precisamente aquello que uno sólo manifiesta a la mirada afectuosa y amiga? La verdad de las realidades espirituales está dentro, es decir, nos acompañan en lo que ya somos, pero el hombre ha de tener la valentía de buscarla y hacerla presente ante sí. Y qué admirable servicio presta entonces la palabra, que es capaz de desvelar ante uno mismo y ante al amigo la adecuación más perfecta que la realidad tiene consigo mismo y que posiblemente siempre tuvo, pero que pedía ser conocida como tal: «No habrá ser humano completo, es decir, que no se conozca y se dé a conocer, sin un grado avanzado de posesión de la lengua»¹⁹. Engarza esta afirmación de Salinas con la vieja tradición platónica: uno no sabe algo hasta que no lo

¹⁹ Pedro Salinas (1991, 22).

expresa, y se entiende que una de las formas de expresión es la oral lingüística. Al expresar oralmente el pensamiento, éste se conoce mejor incluso para aquel mismo que lo expone, o bien, encuentra la dificultad de reconocer su ignorancia, un cierto no saber por falta de claridad en la expresión de lo que creía saber, bien sea un saber acerca de sí mismo, o acerca de algún objeto. Pero, en este caso, se gana el caer en la cuenta que se precisa salir de esa ignorancia. El *sólo sé que no sé nada* socrático, revela justo esta actitud adecuada para un saber verdadero y profundo.

Al comunicar nuestro pensamiento a otros sobre uno mismo o sobre otras realidades se va tomando conciencia de quien es uno, los otros también ayudan a la propia clarificación de la identidad y de los otros objetos de nuestro conocimiento. El inválido del habla, el tullido de la expresión²⁰ –de nuevo con expresión de Salinas- vive pobremente, a medio gas, está inmerso en una realidad que no puede penetrar. Se precisa invertir muy seriamente en una *cultura de la palabra*, no sólo en una cultura técnica y científica, pues sin la primera la segunda ni siquiera puede saber cuál es su papel, o a qué se ordena, pues la técnica dice razón de medio, luego sin dirección al pensar y sin dirección desde el pensar humanista -el de las letras-, la técnica misma queda ciega para sí misma y sin justificación última, en cuyo caso pretenderá justificarse desde sí misma, construyendo entonces una sociedad meramente utilitarista, donde ya no es la ciencia la que está al servicio del hombre, sino el hombre al servicio de la ciencia. Pero, la mayor corrupción según Simone Weil es precisamente la de tomar lo que es fin por medio, y el medio por fin, si el hombre se reduce a medio para la ciencia, entonces la corrupción de la sociedad es completa y el responsable es el hombre mismo.

4. UNA CULTURA DE LA PALABRA

Esta amenaza hay que considerarla seriamente. Más cuando viene potenciada por una sociedad que además de fomentar una *cultura de la técnica* olvidadiza de una *cultura de la palabra*, pretende vivir en un continuo presente, sin hacer apenas mención del pasado histórico y sin preocuparse del futuro, cada vez más incierto y amenazante. La sociedad contemporánea se instala peligrosamente en el presente efímero desconectado de las otras dos dimensiones del tiempo. Al desconectarse del pasado, de una parte, el hombre pierde sentido de su deuda con lo anterior y su deber de gratitud; de otra parte, al desconectar su vivir actual

²⁰ Pedro Salinas (1991, 23).

del futuro, pierde el sentido del deber para con las generaciones futuras, pierde sentido de responsabilidad, incurre en el insufrible individualismo del que cada uno se haga a sí mismo, desde sí y para sí. Pero, ¿acaso se puede saber quién es uno sin memoria, sin recuerdo de lo ya sido, de lo heredado, de lo que ya era antes de tener conciencia de ello?, y en la misma línea, ¿acaso uno puede acabar de construir su identidad al margen de las relaciones que establece con los otros y que proyectan su futuro: sus amistades, su profesión, etc.?

Es magistral en ese sentido el modo en que los personajes de Tolkien responden a la pregunta por la propia identidad: “Soy Aragon, hijo de Arator, heredero de Isildur”. Es el modo de respuesta bíblico: mi identidad es la pertenencia a mi familia, a mi tradición, a los que vinieron antes que yo, a aquellos que me enseñaron lo que se y que fueron referencia para mi conducta. Antes del despertar de la conciencia, ya se era, *el ser precede al conocer*. La sociedad moderna en su origen era futurista a costa de destradicionalizarse, pues para ser ilustrada tenía que atreverse a pensar por cuenta propia, y eso significaba olvidar toda tradición, pensar sin acudir a autoridad alguna: ¡atrévete a pensar por ti mismo! La sociedad contemporánea, desilusionada ante el fracaso moderno de aquella fe en el razón que le impulsaba a creer que progresaríamos siempre hacia lo mejor, quiere ahorrarse toda desilusión futura y vive inmersa en el pasajero y débil presente, en un aquí y ahora que no asegura permanencia alguna porque está desconectado de la verdad y del bien, es decir, de la trascendencia. Por eso se hace hoy en día apremiante la pregunta por la identidad, pues sólo cuando uno olvidó *quién es* por desembarazarse de su pasado y de su legado, la pregunta se hace pertinente.

Ahora bien, ¿hasta cuándo el hombre ha de consentir en la falsa y, a la vez, engañosa premisa de pensar sin tradición, sin autoridad, sin memoria, sin pasado? Es imposible, incluso aquellos que creen pensar así, *de facto* lo hacen conforme a un sistema de pensamiento o, al menos, a partir de él –o bien, el cartesiano, o, el hegeliano, o, el spinoziano, u otro- y conforme a una autoridad o, al menos, en sintonía con ella –Kant, Hume, Nietzsche, etc.-. Admitamos nuestro pasado, tal cual es, no cómo nos hubiera gustado que hubiera sido. Al *aceptar lo ya sido*, se podrá corregir lo que hubo de erróneo y engalanarse con lo que tuvo de acierto, todo ello forma parte de la historia misma de lo que somos y configura nuestro ser en su dimensión existencial. En ese hacer memoria de lo *ya sido* está implicado de nuevo el lenguaje:

Sólo la intensificación de la conciencia histórica puede devolver al hombre hoy su sentido y su orgullo de ser transitorio. Tránsito, el hombre, biológicamente, entre el padre que le dio vida y el hijo a quien él se la da. Históricamente, el ser individual, en su grupo, en su generación, una onda, empujada por miles de ondas que vinieron antes, y que a su vez impulsa a las que van a seguir, todos en el caudal común de lo humano. De esa calidad de transitorio puede y debe sacar el hombre su dignidad, la seña de su grandeza; la eterna compañía que le hacen desde ayer sus antepasados y la que ya le preparan en el mañana sus descendientes. El deber vital más noble es asegurar esa transmisión. Y el lenguaje es el mejor instrumento²¹.

Es imposible prescindir del pasado de modo absoluto. De alguna manera está incorporado en nuestro presente actual y las palabras vuelven a ser testigo de ello. No sólo por la evolución lingüística, sino porque la actualidad del presente fue posibilitada por lo que ya no es, pero fue, y *lo ya sido* tiene siempre carácter necesario, pues fue contingente cuando fue presente, siendo ya lo sido, no puede dejar de ser lo que fue. Los pueblos todos han consignado *su historia* –lo ya sido- haciendo uso de las palabras en crónicas, archivos, libros, narraciones, leyendas, cuentos... porque la historia es *magistra vitae*, ya que sólo desde el pasado cabe entender tantas veces el presente que uno vive, y cara al futuro, la historia aprendida permite correcciones y nuevas imitaciones. El hoy es siempre algo novedoso, pero cabe imitar porque lo común del hombre sigue perdurando en el tiempo y éste se engarza en sus tres dimensiones.

Cuando un pueblo ha querido *barrer* a otro pueblo, una nación a otra nación, un imperio a otro imperio, el vencedor ha procurado siempre destruir sus bibliotecas, su legado cultural, hacer desaparecer las cabezas más lúcidas y pensantes. Si desaparecen *las letras*, que expresan el cultivo que un pueblo ha hecho de sí -su cultura-, desaparece una parte de la humanidad, y también del hombre, de ahí la necesidad de conservar lo que ya hicimos tanto si fue vil como glorioso, pues el recuerdo vergonzoso de lo primero busca impedir que vuelva a suceder; mientras que la memoria gozosa de lo segundo alienta ante el esfuerzo de repetirlo si fuera el caso.

Las bibliotecas como lugares de estudio, templos de las letras y santuarios de la memoria son el vínculo por el cual nos sabemos pertenecientes a generaciones anteriores, las que hicieron posible la nuestra. Las bibliotecas llenas de *palabras* para ser leídas, reflexionadas, memorizadas, pronunciadas, declamadas, profundizadas, etc. muestran la

²¹ Pedro Salinas (1991, 33).

tendencia que hay en el espíritu del hombre a permanecer, a instalarse en algo definitivo que calme la sed que tiene el hombre de perdurar.

Cuenta Benedicto XVI, en el discurso ya mencionado, que cuando los monjes del medioevo escribían, estudiaban, conservaban los escritos antiguos, etc., no tenían como intención crear una cultura, ni siquiera conservar la del pasado, más bien, les animaba el dedicarse a lo esencial; detrás de lo provisional buscaban lo definitivo, es decir, a Dios mismo, y así detrás de las palabras buscaban la Palabra, que rica en dimensiones, no dejaba de expresarse en variadas huellas. De ahí que afirme Benedicto XVI que el deseo de Dios incluye el amor a la palabra, pues siendo la palabra manifestación del *logos* humano, permite participar del *Logos* por excelencia, a saber, el Verbo divino, la Palabra misma de Dios, Razón última de la creación y en la cual todo es conocido. La Palabra nos permite saber de Dios, cómo obra, cómo dirigirnos a Él, qué mensaje nos dirige Dios a nosotros y en qué medida nuestras palabras participan y revelan la Palabra divina. Si bien, se requiere junto a la Palabra, cierta disposición del corazón para dejarse penetrar y acoger desde libremente el mensaje que transmite. No es extraño que la muerte de Dios anunciada por Nietzsche implique también la sospecha de las palabras.

La búsqueda de lo divino no es algo ajeno a la tarea del filósofo, ni a la del filólogo y es el horizonte más propio de la cultura de la palabra. El pueblo que cultiva las letras habitualmente es un pueblo espiritual, consciente de la existencia de la huella de lo divino en el hombre y en el mundo; por el contrario, el pueblo que cultiva sólo la técnica se cree dominador absoluto del hombre y del mundo, y con facilidad sucumbe ante ese *pseudopoder*. El filósofo busca siempre las cosas últimas, el filólogo las expresa siquiera sea, al menos, estructuralmente. Ya decía Nietzsche que mientras sigamos creyendo en la gramática seguiremos creyendo en Dios. Según el diccionario de la RAE, en su cuarta acepción, la gramática es: “El arte de hablar y escribir correctamente una lengua”, es decir, el conjunto de reglas para hablar con sentido y propiedad, es decir, con orden. Si hay orden, hay sentido y si hay sentido, hay una Inteligencia última que da cuenta de él, a saber, Dios. Quizá por eso propugnaba también Nietzsche la necesidad de que *Dionisos* fuera más fuerte que *Apolo*, porque sólo la pasión exacerbada puede constituir un límite real al uso adecuado de la razón, es decir, sólo si la razón es la esclava de las pasiones –como se mencionó más arriba- y no al revés, cabe que éstas sean los motores de la acción humana y entonces el sentido lo marca lo

que en cada caso despierta la pasión, que varía tanto como un deseo humano fuera de todo orden. Es la senda del *sinsentido*.

La lucidez profética de Nietzsche es grande, como corresponde a todo genio. Si no hay verdad, no hay Dios, luego todo es apariencia de la nada, pues sin Dios, hay que declarar que el nihilismo invade todo. En cuyo caso la única filosofía válida es la que sospecha de todo: «el filósofo tiene hoy el deber de desconfiar, de mirar maliciosamente de reojo desde todos los abismos de la sospecha»²². Pero, entonces, las palabras carecen de sentido, y llegamos a ese decir vacío que según Salinas refleja el medio existir del hombre. Pero, ¿no es acaso a esa nada hacia donde nos conduce una palabra que se declara independiente de la Palabra divina, que, en clave cristiana, es la creadora y reveladora última del sentido²³? En ese caso no hay que perder de vista, la conclusión completa y coherente de Nietzsche: si el mundo admite que no hay verdad, ni sentido, ni Dios, entonces, se expone a la mayor violencia²⁴ que jamás haya visto, pues sin verdad y sin sentido, las pasiones se desatan y desatadas éstas el hombre se vuelve contra el hombre mismo.

La violencia desencadenada por el hombre en el siglo XX ha sido la mayor que jamás contempló la humanidad en siglos pasados, pero no sólo en su manifestación de fuerza brutal, sino también en sus manifestaciones lingüísticas; pues brutal es una guerra con víctimas civiles, brutal es el asesinato del no nacido, pero brutal es igualmente mancillar el honor, el buen nombre, la manipulación de la conciencia, etc.

Esa violencia, ya anunciada, es la carta última que desvela el cinismo completo de Nietzsche: «El mundo visto desde dentro, el mundo definido y designado en su “carácter inteligible”, -sería cabalmente “voluntad de poder” y nada más»²⁵. Ahora si le preguntamos a Nietzsche qué es esa voluntad de poder nos confiesa:

Suponiendo que lo único que esté “dado” realmente sea nuestro mundo de apetitos y pasiones, suponiendo que nosotros no podamos descender o ascender a ninguna otra “realidad” más que a la realidad de nuestros instintos, -pues pensar es tan sólo un relacionarse de esos instintos entre sí:- ¿no está permitido realizar el intento y hacer la pregunta de si eso dado no basta para comprender también, partiendo de lo idéntico a ello, el denominado mundo mecánico (o “material”)? Quiero

²² Friedrich Nietzsche (2008, 63).

²³ Mónica Codina (2011, 77-88).

²⁴ Gustave Thibon (1975, 55).

²⁵ Friedrich Nietzsche (2008, 66).

decir concebir este mundo no como una ilusión, una “apariencia”, una “representación” (en el sentido de Berkeley y Schopenhauer), sino como algo dotado de idéntico grado de realidad que el poseído por nuestros afectos, en el cual está aún englobado en una poderosa unidad todo aquello que luego, en el proceso orgánico, se ramifica y se configura (y también, como es obvio, se atenúa y debilita-), como una especie de vida instintiva en la que todas las funciones orgánicas, la autorregulación, la asimilación, la alimentación, la secreción, el metabolismo, permanecen aún sintéticamente ligadas entre sí, -como una forma previa de vida?- En última instancia no es sólo que esté permitido hacer este intento: es que, visto desde la conciencia del método, está mandado. [...] Suponiendo, finalmente, que se consiguiese explicar nuestra vida instintiva entera como la ampliación y ramificación de una única forma básica de voluntad, -a saber, de la voluntad de poder, como dice *mi tesis*-; suponiendo que fuera posible reducir todas las funciones orgánicas a esa voluntad de poder, (...) entonces, habríamos adquirido el derecho a definir inequívocamente toda fuerza agente como *voluntad de poder*²⁶.

Si lo dado ya no es el ser y su capacidad inteligible, es decir, el poder ser conocido en términos de adecuación, según verdad, entonces, la voluntad de poder como única fuerza agente hace que los nuevo filósofos sean creadores, es decir, quienes determinen el “hacia dónde” y el “para qué” del ser humano, disponiendo de todos los trabajos realizados por los filósofos anteriores. El conocer ahora es crear, el crear es legislar y la voluntad de verdad es voluntad de poder²⁷.

El coherente Nietzsche admite las premisas con las conclusiones que le corresponden y sin atenuarlas: la voluntad de vivir es entonces voluntad incondicional de poder, por tanto, dureza, violencia, esclavitud, peligro en la calle y en los corazones, ocultación, estoicismo, arte de tentador y diabluras de toda especie, lo malvado, lo terrible, lo tiránico, todo lo que de animal rapaz y serpiente hay en el hombre sirve para elevar al hombre en lo que hay en él de contrario a lo que la modernidad propuso, a saber, lo universal, la felicidad para todos, la seguridad libre de todo peligro, el bienestar y la facilidad de vivir bien para todo el mundo, la igualdad de derechos, la compasión para todo el que sufre y el intento mismo de eliminar el sufrimiento²⁸. Nietzsche propone una crítica radical a la modernidad, que según él es *hija bastarda* del cristianismo, el cual, a su vez, es la versión vulgar del platonismo. De ahí que frente a la opción de los filósofos clásicos por el ser, la verdad, la belleza y el bien, Nietzsche

²⁶ Friedrich Nietzsche (2008, 65-66).

²⁷ Friedrich Nietzsche (2008, 166-167).

²⁸ Friedrich Nietzsche (2008, 73).

se consagre a *un nuevo dios* que no es el cristiano con su mensaje de Amor, sino *Dionisos*²⁹: que nos hará más malvados, más fuertes, más profundos, pues nos hará más humanos al desenmascarar la falacia de la filosofía anterior. El ateísmo es el resultado último de la modernidad –que fue originariamente anticristiana, pero no antirreligiosa-, y el hombre ha de atreverse con él, he ahí su *voluntad de poder*.

El *viejo y malicioso filólogo Nietzsche*³⁰, defiende como lo único existente la nada y la violencia que se deriva de ello, y se atreve con esa “terrible verdad”, según él, es lo único que existe. Pero al expresar sus *pensamientos perversos*³¹ con palabras, ha caído en la contradicción de primero negar una teoría para luego afirmar otra, al menos, la suya propia, y ¿no es cierto que en toda afirmación hay intención de verdad?, pues, de lo contrario, ¿para qué hablar? Pero, respondámosle desde Platón, ya que con él quisimos hacer defensa del lenguaje y quien, además, está convencido que la verdad no puede ser refutada³², pues del mismo modo que su origen no está en el hombre, no se puede sustraer a ella enteramente. Hagamos uso de las palabras platónicas con su poder de dar vida:

Despreciando, pues, los honores de la multitud y cultivando la verdad, intentaré ser lo mejor que pueda, mientras viva, y al morir cuando llegue la muerte. E invito a todos los demás hombres, en la medida en que puedo, y por cierto también a ti Calicles, correspondiendo a tu invitación a esta vida y a este debate que vale por todos los de la tierra [...] se mantiene esta sola idea, a saber, que es necesario precaverse más de cometer injusticia que de sufrirla y que se debe cuidar, sobre todo, no de parecer bueno, sino de serlo, en privado y en público. Que si alguno se hace malo en alguna cosa, debe ser castigado, y éste es el segundo bien después del de ser justo, el de volver a serlo y satisfacer la culpa por medio del castigo. Que es preciso huir de toda adulación, la de uno mismo y la de los demás, sean muchos o pocos, y que se debe usar siempre de la retórica y de toda otra acción a favor de la justicia. Así pues hazme caso y acompáñame allí, donde, una vez que hayas llegado, encontrarás la felicidad en vida y en muerte... Permite que alguien te desprecie como insensato, que te insulte, si quiere y, por Zeus, deja sin perder tú la calma, que te dé ese ignominioso golpe, pues no habrás sufrido nada grave, si en verdad eres un hombre bueno y honrado que practica la virtud.

[...] En efecto, es vergonzoso que estando como estamos al presente, presumamos de ser algo, nosotros que cambiamos a cada momento de opinión sobre las mismas cuestiones, y precisamente sobre las más importantes. A tal grado de ignorancia hemos llegado. Por consiguiente, tomemos

²⁹ Friedrich Nietzsche (2008, 269).

³⁰ Friedrich Nietzsche (2008, 47).

³¹ Friedrich Nietzsche (2008, 270).

³² Platón (1987, 63).

como guía este relato que ahora nos ha quedado manifiesto, que nos indica que el mejor género de vida consiste en vivir y morir practicando la justicia y todas las demás virtudes. Sigámoslo, pues, nosotros e invitemos a los demás a seguirlo también, abandonando ese otro en el que tú confías y al que exhortas, porque en verdad no vale nada, Calicles³³.

Nietzsche reniega del sentido y, por tanto, de la gramática y admite la violencia y lo perverso como consecuencia. Pero, ¿acaso no dice el refranero español que «hablando se entiende la gente»? Pues otro poder que tiene la palabra, cuando es rescatada de la sospecha nietzscheana, es que en su uso cordial e inteligente contribuye a la paz social³⁴. Sin duda es la paz el don máspreciado que se le puede conceder al hombre. Pero, ¿puede haber paz y puede contribuir la palabra a construirla, si no se admite el orden?, ¿no es justamente la paz la tranquilidad en el orden? Entonces, defendamos el lenguaje y, apostando por él, creamos en la gramática con su poder ordenador sobre las palabras, en virtud del cual se hace comprensible su significado y, a partir de éste, su sentido, pues con todo ello lo real se muestra inteligible, y se alcanza a la divinidad como su origen y fundamento último. No reneguemos de la palabra y la razón, que sea de nuevo ésta la integradora de la pasión. Descubramos, entonces, a través de la palabra humana creada al *Logos Creador* que da razón de todo y es Constructor de la paz, no desde el dominio, sino desde la afirmación incondicional del ser. Con la muerte de Nietzsche en 1900 y su nihilismo comienza el siglo pasado, quizá valga la pena comenzar el siglo XXI apostando por el lenguaje y abriéndose al sentido.

BIBLIOGRAFÍA

S. AGUSTÍN. (2006): *De Trinitate, VII, 3, 4*, BAC, Madrid.

BENEDICTO XVI. (2008): *Discurso al mundo de la Cultura*. Colegio de los Bernardinos, París.

CERVANTES, M. (1960): *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, Madrid, Espasa-Calpe.

CODINA, M. (2011): *Donde vive la libertad. Una lectura de Romano Guardini*, Biblioteca Nueva, Madrid.

MILLÁN-PUELLES, A. (1997): *El Interés por la verdad*, Madrid, Rialp.

³³ Platón (1987, 144-145).

³⁴ Pedro Salinas (1991, 79).

NIETZSCHE, F. (2008): *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, Madrid.

PLATÓN (1987): *Diálogos II: Gorgias*, Madrid, Gredos.

SALINAS, P. (1991): *Defensa del lenguaje*, Madrid, Espasa Calpe.

THIBON, G. (1975): *Nietzsche ou le Déclin de l'Esprit*, Arthème Fayard, Paris.

URABAYEN, J. (2001): *Las sendas del pensamiento hacia el misterio del ser. La filosofía concreta de Gabriel Marcel*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona.